

la eternidad! ¡Oh, padre mio, padre mio! ¡Bien veis que no tengo yo culpa de la iniquidad de estos verdugos! ¡Bien sabeis que ni aun defenderme he querido por no envolver en mi ruina al hijo de vuestra justa predileccion, al honrado hermano que entrañablemente adoro!— Sin duda la muerte de Gil es el castigo de todas mis culpas: Dios se apiade de mi alma, tomando en cuenta el dolor agudísimo que mi corazon destroza!!!

Pero ¿qué valen declamaciones ni racionios contra la venganza, si profanando la espada de la ley se arma con ella? Insensibles los doctores á las sentidas justísimas quejas de D. Alonso, prosiguieron su obra notificando tambien á Gil Gonzalez la sentencia inicua que á morir le condenaba sin fundamento alguno.

—*Es un asesinato!* dijo friamente el caballero labrador, cuando hubo terminado el escribano la fatal lectura; y no añadió palabra á tan lacónica como merecida calificación de aquel acto de barbarie inaudita.

Quisieran los dos hermanos pasar juntos las horas que de vida les quedaban; pero, á pretexto de que atendieran mejor á la salvacion de su alma, y en realidad por temor de que reuniéndose, aun en la capilla, y aherrojados, y con centinelas de vista, fraguasen y llevaran á efecto algun proyecto de fuga, negóseles rotundamente aquella gracia; ofreciéndoles, sin embargo, que antes de salir al patíbulo se les permitiría darse el postrer abrazo.

Tales y tan tristes escenas ocurrían dentro del recinto de la cárcel, sin que el público tuviese noticia ni siquiera de que el proceso de la conjuracion se habia fallado; pues la audiencia, temiendo siempre el amor ó por lo menos la inclinacion del pueblo á los conjurados y singularmente á D. Alonso de Avila, á nadie instruyó de su resolucion mas que á D. Luis de Velasco, y aun á ese despues de haber entrado en capilla los reos.

Sobresaltósele el corazon al noble caballero al escuchar tan furibunda nueva; sobresaltósele, sí, no pudiendo menos de esclamar á sus solas:

—“Desdichada la nobleza, si algun dia cae en manos de estos letrados! ¡Degollar así á dos ilustres caballeros!—Viven los cielos que estoy por arrancárselos de entre las garras á esos tigres.... No: eso fuera salvar á los Avilas á espensas mías; los doctores me pintarian al rey como cómplice en la conjuracion, y á Felipe II le basta con la sombra de un recelo para proscribir á un hombre!.... Luego ese marqués de Falces, que llega de un momento á otro, chocará con la audiencia precisamente, y del choque es posible que resulte mi vireinato. Lo siento, mas no puedo evitarlo: que los doctores respondan á Dios y á los hombres de la vida de los Avilas, que yo en tal negocio ni entro ni salgo.”

Racionio de hábil político, lector amado; racionio de equili-

brista discreto; de Poncio Pilatos, en fin, que es uno de los mortales mas diestros en eso de *jugar con la candela* sin abrasarse los dedos en este mundo, aunque sí el alma en el otro, de que la historia nos conserva recuerdo.

D. Luis, pues, respondió á la audiencia que á él no le tocaba juzgar á los reos, ni menos á los jueces; que la sangre de los vasallos del rey, y sobre todo la de los nobles, era preciosa; mas que el tribunal podia con derecho dictar las sentencias que le pluguiese, salvo el dar cuenta en su dia al monarca de ambos mundos primeramente, y luego al Rey de reyes.

Con eso y negarse redondamente á dar de su ejército escolta que condujese las víctimas al suplicio, mas no á que permaneciesen las banderas que capitaneaba sobre las armas hasta despues de la ejecucion; montando á caballo, salió de la ciudad para el campo, y creyóse al abrigo de toda reconvenccion y remordimiento.

Juan de Sámano, en cambio, empleando toda la fuerza armada de que disponia, hizo ocupar con intelijencia y oportunidad todos los puntos que pudieran llamarse estratégicos en la metrópoli del Anáhuac; y repartiendo el enjambre de sus esbirros por calles y plazas, respondió confiadamente á la audiencia de que ni una mosca podia volar en México sin que él lo supiese á tiempo para apoderarse de ella antes de que llegara á donde estorbar pudiese.

Ni Manuel de Villegas estaba ocioso; antes, como alcalde ordinario convocando la hueste municipal, estendía una vasta red de rondas sobre la ciudad que, asombrada y de pavor llena, contemplaba tan extraordinarias precauciones presintiendo vagamente, quizá, su objeto, mas ignorantes del número y nombres de las víctimas, y por lo mismo pintándose el porvenir con negros durísimos colores.

Tal estaba México durante la agonía de D. Martin Suarez de Monfoi, á quien el cielo, una vez con mortal tan desdichado piadoso, quiso economizar la angustia de saber antes de salir de este mundo que en él estaban ya irrevocablemente condenados al martirio el inocente Gil Gonzalez, y el simpático culpable, de intencion al menos, D. Alonso de Avila, su yerno y en los últimos tiempos tambien su amigo.

Ignorantes de cuanto ocurría las personas asistentes al lecho mortuorio del hijo de Catalina Suarez cuando ante ellas apareció Juan de Sámano, dieron en el primer instante al mensaje de que aquel su enemigo fué portador, si no grata, por lo menos no tan lúgubre interpretacion como en realidad tenia; esceptuando, sin embargo, á Fr. Diego de Olarte, quien desde luego receló de qué se trataba.

Elvira y Mencía hallaron natural y justo, ademas, que al cabo de diez y ocho dias de incomunicacion, se permitiese á los presos recibir en la cárcel á sus esposas; y si bien no dejaron de parecerles irritantes, así el señalamiento de aquel determinado momento, como la forma en que la comunicacion se concedía, atribuyendo esas circuns-

tancias al mal querer y pequenezes de los doctores, pensaron solo en aprovechar el tiempo y volar á los brazos de los pobres cautivos.

Por lo que respecta á D. Fernando de Valdestillas, su ánimo no estaba para reflexiones ni raciocinios de especie alguna; su corazón, hondamente lacerado, ya no podía recibir ni impresion que sus padecimientos aumentara, ni alivio que su dolor mitigase. Con la pérdida de toda esperanza de ser correspondido, con la seguridad de que Elvira amaba á su esposo, con la íntima convicción de serle imposible salvar á sus amigos, el triste doncel solo anhelaba una ocasion de sacudir la pesada carga de su insoportable vida, asistiendo en tanto á los acontecimientos de este mundo, como quien escucha un discurso en lengua á sus oídos peregrina.

Pero, menos apasionados nosotros, y mas curiosos que el infeliz hijo del comunero, naturalmente quisimos indagar la razon del paso dado por el alguacil mayor, y he aquí lo que á nuestra noticia ha llegado.

D. Alonso, de quien sabemos y conviene siempre tener presente que no solo preveía de mucho tiempo atrás su muerte, sino que de veras la deseaba por aburrimiento de la vida, que es, de paso sea dicho, la mas incurable de las desesperaciones posibles; D. Alonso, cuando le hubieron notificado su sentencia, cruzóse de brazos y púsose á pasear por el calabozo donde quedó en capilla, no acertaremos á decir si haciendo ecsámen de conciencia en el ascético genuino sentido de la frase, si recordando sus aventuras; mas, en efecto, trayendo á la memoria los sucesos de su varia azarosa existencia. Pero Gil Gonzalez, que tenia poquíssimas ganas de salir del mundo, aunque le sobraba corazón para morir dignamente, y cuya vida podía resumirse en pocas palabras, diciendo: *Honrado labrador, cumplido caballero, buen esposo y excelente padre*, carecía, en consecuencia, de aventuras que recordar, y lo primero en que pensó fué en ver por última vez á su amada Mencía.

Es de advertir que, una vez condenados y en capilla puestos los pretendidos reos, entrególos la audiencia á la custodia y voluntad de Juan de Sámano, como alguacil mayor que era de México, y por tanto, encargado de todo lo concerniente á la ejecucion de la justicia; por manera que á él, en la cárcel constituido para atender mejor y mas de continuo á la guarda de personas de tamaño importancia, hubo de dirigirse Gil Gonzalez en solicitud de que se permitiese á su esposa verle en capilla.

Por todo lo que hasta aquí dijimos de Sámano, ha podido comprenderse que ni sus entrañas pecaban de blandas, ni sus intenciones de seráficas: mas con todo, hombre de armas él mismo, y conocedor en materia de valientes, cautivábale hasta cierto punto la serenidad pasmosa con que aquellos sus enemigos se disponian á morir en el cadalso. Por otra parte, el alguacil era persona de esas en quienes

lo cruel de los sentimientos no escluye lo cortés y blando en las formas; y así, cuando llamado por Gil Gonzalez acudió á su capilla, hizo ya vestido de negro, y con aire y modales correspondientes á la deferencia debida á un caballero en tan amargo trance puesto.

—Parece (le dijo el reo) que tratan los doctores de hacernos morir como á perros, sin muchas ceremonias. ¡No hemos de ponernos bien con Dios, antes de comparecer en su presencia, ni de dar un abrazo á nuestras familias al separarnos de ellas para siempre!

—Perdonad (repuso Sámano, afectado ó aparentando estarlo); la real audiencia ha querido dejaros en libertad completa para que elijais confesor ó confesores....

—¿No es poca su condescendencia!

—En cuanto á las familias....

—Veamos, ¿en cuanto á las familias?

—No he recibido órdenes.

—¡Ah! ¿Conque no podemos verlas! ¿Temeis que nuestras esposas os arranquen la presa de entre las manos?

—Digo que no he recibido órdenes, mas, sin embargo, tomaré sobre mí traerlos á vuestra familia.

—A mi esposa, Juan de Sámano; mi pobre hijo es demasiado niño para ver á su padre en capilla.

—Debo advertiros que mañana....

—¡Ah, mañana! Bien: hoy para mi esposa; mañana para Dios. ¿Cuándo veré á Mencía?

—Antes de una hora.

—Os lo agradezco.

—Pluguiera á Dios que estuviera en mi mano....

—Bueno está, señor alguacil mayor; traedme á Mencía, y Dios juzgue en lo demas vuestras intenciones.

—¿No querrá D. Alonso ver tambien á su esposa?

—Sí querrá: traed tambien á Elvira.

Y en efecto, Sámano, sin consultar á D. Alonso, con quien deseaba tener en tales circunstancias el menor contacto posible, resolvió conducir personalmente á la cárcel á las dos desdichadas esposas de los infelices hermanos.

Ya dijimos que entraba en el plan de los doctores que del amago al golpe mediara brevísimo tiempo, esto es, que México ignorase la sentencia de los Avilas hasta poco antes del instante de presenciarse su ejecucion; pues presumian aquellos majistrados, y no sin fundamento, que de tener tiempo para concertarse lo que de la nobleza quedaba en libertad, el estado llano, y la plebe misma, pudiera acontecer que intentasen, ya por vías pacíficas, ya con las armas en la mano, libertar á los reos del suplicio, consiguiéndolo tal vez, ó cuando menos dilatando su muerte lo bastante para dar lugar á escándalos y conflictos gravísimos.

Que, si para aquel caso contaran los gobernantes con la decidida cooperación de D. Luis de Velasco, lejos de arredrarse ante la notoria merecida impopularidad de su sentencia inicua, hicieran alarde del escándalo mismo, y con deleite aprovecharan la ocasion de cebarse en nobles, ciudadanos y plebeyos, no admite duda, en nuestro concepto: mas Velasco *toleraba* la ejecucion de los Avilas, sin aplaudirla, ni menos aconsejarla: y por otra parte, un motin en vísperas de la llegada del marques de Falces, fuera darle á aquel caballero un arma poderosa contra la audiencia misma.

Por eso fué el secreto indispensable en todos los preliminares del trágico suceso, y por lo mismo, hallándose los intereses de Juan de Sámano completamente identificados en la materia con los de los doctores, á quienes en la apariencia obedecía y en realidad gobernaba, al deferir á los justos naturales deseos de Gil Gonzalez, y anticiparse á los de D. Alonso, obró atinadamente yendo él en persona á buscar á doña Elvira y á Mencía, y no diciéndoles ni aun á aquellas señoras mismas de qué se trataba, y por qué con tal premura eran á la cárcel llamadas.

Quizás haya persona á quien admire que el alguacil mayor no negara á los reos el consuelo por uno de ellos solicitado, siendo, como era aquel funcionario, su mayor enemigo, y habiendo mas que nadie contribuido á provocar y precipitar la cruel senteneia que á muerte los condenaba; pero quien así ratiocine conoce poco á los hombres, y menos á los de la especie de Sámano. Cuanta mayor es la iniquidad esencial de las acciones de los tales, con tanto mas esmero procuran revestir blandas formas, y aparentar filantrópicos sentimientos. El fanatismo suele ser brutal, la crueldad siempre suave, siempre pérfidamente hipócrita.



CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE PINTAN MELANCOLICAS ESCENAS, MAS COMUNES EN LOS DESENLACES DE LAS CONJURACIONES DE LO QUE Á LOS CONJURADOS CONVINIERA.

DURANTE el camino de su casa á la cárcel, que hicieron á pié las dos cuñadas por no detenerse á esperar que les preparasen una silla de manos, precediéndolas el alguacil mayor, y seguidas del primer criado que á verificarlo estuvo pronto, iban asidas una de otra, en profundo silencio y ansiedad creciente á medida que al término de su breve viaje se aprocsimaban.

Desde luego las rondas y patrullas que en el tránsito fueron encontrándose, y la tristeza evidente en el aire de las pocas personas que por las calles discurrían, y ese indefinible aspecto que una ciudad toma en momentos tan lúgubrememente críticos como los que nos ocupan, fueron sucesivamente infundiendo pánico terror en los ya contristados corazones de las aflijidas esposas: mas cuando al aprocsimarse á la prision que guardaba á los Avilas para no entregarlos mas que al verdugo, advirtieron el sin número de centinelas que rodeaban el edificio, y las extraordinarias precauciones de no dejarlas adelantar un paso sin que antes diera el santo el alguacil mayor, y luego se nombrara, y despues pusiese de manifiesto la persona, para que de su identidad no cupiera duda, ya los recelos, convirtiéndose en evidencia, acongojaronlas de modo que Mencía en particular estuvo á punto de perder el sentido.